ROSE HILL: LIBRO 2

WILD EYES

MIRADA SALVAJE

LA AUTORA DE LA SERIE CHESTNUT SPRINGS

ELSIE SILVER

CONTRALUZ

ROSE HILL: LIBRO 2

WILD EYES

MIRADA SALVAJE

ELSIE SILVER

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz

CONTRALUZ

Título original: *Wild Eyes*

Primera edición: octubre de 2026

Mapa de Laura Boren/Sourcebooks
Ilustración de interiores: Graphicswizard/123RF

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2024. WILD EYES by Elsie Silver
© de la traducción: Eva Pérez Muñoz, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-87810-96-2
Depósito legal: M-16091-2026
Printed in Spain

EL UNIVERSO DE ELSIE SILVER
COLUMBIA BRITÁNICA
Montañas Columbia
Cordillera de las Cascadas
Isla de Vancouver
Ruby Creek
Emerald Lake
Victoria
Vancouver
N
E
O
S

ALBERTA
Edmonton
Montañas Purcell
Montañas Rocosas
Calgary
Chestnut Springs
Rose Hill
Blisswater Springs
SASKATCHEWAN

Para mis lectores:

Estamos de vuelta en Rose Hill con una de mis nuevas parejas favoritas. ¿Estáis preparados?

West es un tío duro, está buenísimo y le encanta pasárselo bien. Skylar tiene una fortaleza increíble. Ver cómo se va encontrando a sí misma y el espacio que él le da para crecer y recomponerse es de lo más romántico que existe.

Ojalá os enamoréis de estos dos tanto como lo he hecho yo. Ahora poneos cómodos, desconectad y disfrutad de la lectura.

¡Feliz lectura!

Para todas aquellas personas que se han sentido anuladas por la opinión de los demás. Espero que lleguéis a amar tanto lo que hacéis que esas voces críticas dejen de importaros. Hasta entonces, recordad que seguir adelante ya es un triunfo.

Avanzad sin miedo y no dejéis que nadie os frene.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro aborda temas como el abuso psicológico en la infancia y el trauma infantil. También incluye referencias al consumo de sustancias y la muerte por sobredosis. Espero haberlos tratado con el respeto y el cuidado que se merecen.

UNO
West

Hace un día radiante, el lago reluce y en el arcén hay otra turista haciendo el idiota, intentando sacarse un selfi con un oso.

Y no cualquier oso. Un *grizzly*.

—No me lo puedo creer —murmuro mientras piso el freno de mi camioneta y niego con la cabeza. No distingo bien a la mujer, pero veo que lleva unos vaqueros ceñidos, un top corto y una cascada de brillantes ondas color bronce que le cae por la espalda.

Mientras el oso rebusca comida en la zanja que hay detrás de ella, la mujer levanta la mano y gesticula con entusiasmo ante el móvil que sostiene en alto.

Me detengo delante de su Tesla. Porque, claro, conduce un Tesla. Está a unos diez metros del coche, como si se hubiera ido acercando poco a poco al animal.

Cuando por fin paro del todo, me quedo mirándola un segundo, completamente atónito. En verano, en Rose Hill, estas muestras de estupidez urbanita son de lo más habitual, pero nunca dejan de sorprenderme. Es como si la lista de deseos de esta gente pasara de «ver un oso» a «morir devorado por un oso» en un abrir y cerrar de ojos.

Pulso el botón para bajar la ventanilla despacio porque no quiero asustar al animal y, además, tampoco me apetece mu-

cho bajarme de la camioneta. Me gusta seguir con vida, y mis días de tentar a la suerte quedaron atrás…, más o menos.

Así que, con la voz más calmada que puedo, digo:

—Eh, oye.

Ella ni se inmuta, sigue hablando a la cámara, grabándose como si nada.

—Estaba conduciendo tan tranquila por esta carretera preciosa cuando… ¡Zas! Me encuentro al oso más espectacular del planeta en esta zanja, detrás de mí.

—¡Eh! —me inclino sobre la puerta y agito el brazo para llamar su atención, esperando que mi voz colándose en su grabación la haga reaccionar.

Y funciona. Se gira hacia mí con el ceño fruncido, los ojos echando chispas y una cara que reconocería en cualquier parte.

Una cara que medio mundo reconocería en cualquier parte.

Sí, la mujer que me está fulminando con la mirada por haber interrumpido su vídeo es la mismísima Skylar Stone, la famosísima estrella del *country*. Me quedo paralizado un instante, sin palabras. Me imagino qué la ha traído al pueblo, pero no es momento para charlas. No quiero ser el tío que se quedó quieto mientras un *grizzly* se merendaba a una cantante de fama mundial a la que todo el mundo adora.

—¿Qué pasa? —protesta, abriendo los brazos, como si no estuviera plantada de espaldas a un depredador imprevisible—. Ahora voy a tener que grabar el vídeo otra vez para mis redes.

—Eso de ahí es un puto oso *grizzly*. Tienes que volver al coche —le espeto en voz baja, señalando con el pulgar hacia el Tesla.

Ella niega con la cabeza sin dejar de mirarme con furia.

—¿Sabes de qué estoy hasta las narices?

—¿De vivir? —siseo, dejando que el instinto tome el control y me haga bajar de la camioneta. Aunque me encantaría dar un portazo, la dejo abierta para no hacer ruido—. Porque ahora mismo eso es lo que parece.

Ella resopla.

—No. Estoy hasta las narices de que la gente me diga lo que tengo que hacer.

Su mirada incisiva recorre mis vaqueros negros desgastados, las botas Blundstone llenas de arañazos, y vuelve a subir hasta mi camiseta blanca. Se fija un instante en el agujero junto al cuello y arruga un poco la nariz, como si acabara de encontrar la prueba definitiva de que no soy quién para darle consejos.

Me acerco con cuidado y estiro el cuello para mirar por la pendiente, donde asoma la inconfundible joroba marrón del *grizzly* entre los arbustos. Oigo sus gruñidos profundos y satisfechos mientras come, seguramente arrancando bayas de algún arbusto como aperitivo antes de subir y arrancarnos los brazos como plato principal.

—Te entiendo, de verdad. Pero no creo que este sea el momento de ponerse cabezota ni de jugarse el pellejo por ello. En sentido figurado y literal. Si salimos vivos de esta, te prometo que te llevo a un zoo y te grabo yo mismo un vídeo para tus redes. Soy de los que detestan las redes sociales, pero siempre cumplo mis promesas.

Sigue la dirección de mi mirada y luego levanta la barbilla para encararme. Frunce los labios carnosos con forma de corazón y me mira con los ojos color avellana entrecerrados, como dos misiles listos para salir disparados. Luego cruza los brazos bronceados, ocultando el móvil.

Pura insolencia.

Me recuerda a mi hija de seis años, Emmy. Sobre todo cuando da un pisotón. La diferencia es que a Emmy ya la ha-

bría cargado bajo el brazo y habría salido pitando de aquí hace un rato.

—Está comiendo. Ni siquiera sabe que estoy aquí. Y nunca he visto un oso de cerca —añade al final, con un tono casi quejumbroso, como si yo fuera el aguafiestas que le está fastidiando la diversión.

Me quedo mirándola boquiabierto. Lleva unos pendientes de diamantes del tamaño de arándanos maduros. Tan grandes que, si fuera otra persona, pensaría que son de imitación.

—Mira, te entiendo, en serio. En la ciudad no hay osos. Es toda una experiencia. Pero eso de ahí —señalo al animal— no es Winnie the Pooh.

Su expresión se tensa mientras mira de reojo la zanja con añoranza, como si supiera que tengo razón, pero deseara con todas sus fuerzas que no fuera así.

Sigo hablando, porque la referencia infantil parece haber surtido efecto.

—Ígor no está atrapado en un pozo y Piglet no ha ido a buscarle miel. Así que imagínate que ahora mismo soy Búho, intentando darte un consejo sensato.

—Pero… hay crías —dice, enfatizando la última palabra, como si eso hiciera todo más adorable y justificara su comportamiento absurdo.

Cualquiera que sepa algo sobre osos sabe que eso lo empeora todo. Me acerco un poco más a la zanja, como si necesitara verlo con mis propios ojos para confirmar lo jodida que está la cosa. Estiro el cuello y, efectivamente…, ahí están. Dos crías.

—Por favor —murmuro, suavizando el tono, con la voz cargada de súplica. Extiendo un brazo y muevo los dedos hacia mí varias veces, invitándola a avanzar en mi dirección, igual que haría con un caballo asustadizo. Como domador, he tratado con muchos así: se hacen los duros, hasta que dejan de serlo.

Debe de captar la urgencia en mi voz, porque baja los hombros y traga saliva, mientras me mira a los ojos, sopesando si puede fiarse de mí.

Por fin asiente y da un paso vacilante, alejándose de la zanja. En cuanto la veo acercarse a mí, suelto un suspiro de puro alivio que me deja el pecho sin aire.

Pero el alivio dura poco, porque, en cuanto se mueve, el oso la sigue, como si estuviera unido a ella por una correa invisible.

No puedo culparlo.

Tiene un magnetismo especial, algo que te atrapa y hace que te resulte imposible apartar la mirada. Se nota cuando aparece en pantalla y cuando suena en la radio, y en persona es aún más evidente.

—Muy bien, muñeca.

—No me llames muñe…

—No hables —le ordeno, intentando mantener la voz lo más calmada posible. Miro por encima de su hombro al oso enorme que emerge de la zanja, con unas garras de diez centímetros que golpean el asfalto con un chasquido que deja a Skylar petrificada—. Camina despacio hacia mí. No corras. No mires atrás. Mantén la calma.

Parpadea varias veces, muy deprisa. Veo en su mirada que le encantaría mandarme a la mierda, pero su instinto de supervivencia pesa más que su orgullo, porque me hace caso.

El oso resopla con fuerza, y Skylar da un traspié, con los ojos muy abiertos clavados en los míos como si le fuera la vida en ello. Asiento y vuelvo a indicarle que avance con la mano, consciente de que ahora mismo lo único que puedo hacer por ella es conseguir que se acerque lo suficiente para meterla en la camioneta.

Sigue avanzando, aunque sus pasos se vuelven un poco más rápidos y respira de forma entrecortada. Empiezo a retroceder hacia mi camioneta, esperando que me siga.

—Buena chica. Lo estás haciendo muy bien.

En cualquier otro momento me reiría de mí mismo por hablarle a una mujer como si fuera un caballo, pero en este momento tengo el cuerpo entero en alerta, listo para reaccionar si hace falta.

Ella asiente. Entonces mira hacia atrás un instante y suelta un chillido ahogado, como si acabara de darse cuenta del tamaño descomunal del oso que la sigue.

Ese sonido no era el más sensato, porque, en cuanto el *grizzly* lo oye, su interés se dispara. Se detiene y se alza sobre las patas traseras.

Lo que sale de su garganta suena casi como un ladrido; luego olfatea el aire y ladea la cabeza con curiosidad.

Curiosidad, no agresividad.

De momento.

—Ay, Dios… Ay, Dios… Ay, Dios —susurra ella con voz quebrada, a punto de llorar.

Aún con la mano extendida, reúno toda la serenidad que me queda.

—Pase lo que pase, no se te ocurra co…

Antes de que pueda decir «correr», sale disparada hacia mí. Y yo, en contra de lo que haría cualquier persona con un mínimo de sentido común, actúo sin pensarlo.

Corro directo hacia ella.

Y hacia el oso.

El animal, que ahora araña el asfalto como si estuviera a punto de embestir, da un par de saltos potentes antes de retroceder.

Cambio a modo defensivo y hago lo único que se me ocurre. Voy hacia Skylar, la agarro del bíceps y le rodeo la cabeza con un brazo antes de lanzarnos al suelo. Mi cuerpo, mucho más grande que el suyo, la cubre como un escudo.

Ella se revuelve debajo de mí.

—¿Qué estás ha…?

Le tapo la boca con la mano, me apoyo en el otro brazo y niego con la cabeza despacio.

—Para. Por favor, para. Quédate quieta y callada. Con un poco de suerte, el oso se irá.

Asiente levemente, lo justo para que retire la mano y le cubra la cabeza con los antebrazos.

Vuelve a mirarme con los ojos dorados llenos de pánico. Mientras respira nerviosa en el poco espacio que nos separa, percibo algo dulce en su aliento. Mandarina y azúcar.

—¿Crees que podremos llegar a tu camioneta?

Apenas la oigo por el latido ensordecedor de mi corazón en los oídos.

—No, no estamos lo bastante cerca y no tenemos ninguna probabilidad de ser más rápidos que un *grizzly*.

—Vale. —Se humedece los labios, aterrada, y veo cómo una lágrima le resbala por la sien y se le desliza hacia la oreja. Sigo el rastro húmedo antes de volver a mirarla a los ojos, intentando transmitirle una calma que no siento.

Mientras nos miramos, se le escapan más lágrimas.

—Lo siento —susurra y su sollozo me golpea como un puñetazo en el pecho.

Oigo al oso resoplar a un par de metros. Tengo la sensación de que el suelo tiembla cada vez que se mueve. Más abajo, en la zanja, suenan pasos más ligeros. Supongo que son las crías.

Le acaricio la coronilla con el pulgar, dibujando círculos lentos.

—Tranquila. No pasa nada. Vamos a quedarnos quietos y en silencio un rato más y luego todo va a salir bien —le susurro, aunque también me lo estoy diciendo a mí mismo.

Ella parpadea en señal de entendimiento y yo le devuelvo el gesto. Luego me distraigo contando los remolinos de color

en sus iris: marrón, dorado, verde y un gris delicado. Al menos cuatro tonos entrelazados.

Unos ojos que, incluso empañados por las lágrimas, resplandecen.

No recuerdo haberme quedado tan atrapado en la mirada de una desconocida.

—Dime otra vez que todo va a salir bien —me pide en un murmullo que se pierde en el silencio de su exhalación. A pesar de lo cerca que estamos, apenas logro escucharla.

Cuando inclino la cara sobre la suya, las puntas de nuestras narices se rozan. Deslizo los labios por su mejilla, articulando un «todo va a salir bien» en silencio.

He hecho muchas locuras en mi vida. Sinceramente, todavía me pregunto cómo logré salir vivo de algunas de ellas. Pero en esos momentos siempre estaba solo. Ahora, sin embargo, estar así de cerca de otra persona, sabiendo que podría ser lo último que vea, hace que todo a nuestro alrededor se detenga.

O quizá es la edad, que me está ablandando más de la cuenta.

De pronto, noto el aliento caliente y húmedo del *grizzly* olfateándome la nuca. Y por extraño que parezca, una calma rara me envuelve. Estoy más tranquilo de lo que debería. Como si mi cuerpo entendiera que ceder a la ansiedad no serviría de nada.

Porque, aunque he visto muchos osos en Rose Hill, nunca había tenido a uno respirándome en la nuca. Y, la verdad, es una experiencia que me habría ahorrado encantado.

Pero no puedo dejarme llevar por la angustia. Tengo que conservar la compostura por Skylar. Así que mantengo la mirada fija en la suya y le suplico en silencio que se quede quieta y conmigo, aunque esté tan fuera de su elemento que parezca venida de otra galaxia.

Entreabre los labios y su respiración se vuelve rápida y frenética. Luego cierra los ojos con fuerza. Puedo oler al oso; seguro que ella también.

Sudor, almizcle y zapatillas viejas. Es abrumador. Una combinación que no voy a olvidar jamás.

El sol cae a plomo sobre mi espalda, y el calor del cuerpo del oso, tan cerca, hace que todo resulte asfixiante. Apoyo la frente en la suya e intento que respire al mismo ritmo que yo.

Tres segundos para coger aire.

Tres segundos para soltarlo.

Poco a poco, el calor se vuelve más soportable. El golpeteo de las garras ya no suena tan fuerte y el olor deja de ser tan abrumador. La zanja se queda en silencio, así que supongo que las crías se han ido con su madre.

Skylar se mueve un poco y me mira tras esas pestañas tupidas.

—¿Has visto a las crías? Son tan monas…

Froto la frente contra la suya para contener la risa, preguntándome cómo coño me las apaño siempre para terminar rodeado de mujeres incapaces de seguir la instrucción más simple, incluso cuando su vida depende de ello.

—Será mejor que nos quedemos callados un rato más —me limito a decir.

No sé cuánto tiempo llevamos tumbados en el asfalto, respirando al unísono. ¿Cinco minutos? ¿Diez? Lo suficiente para que se le hayan agarrotado los nudillos de tanto aferrarse a mi camiseta. Sigue temblando sin control, así que le paso una mano por el pelo para calmarla.

Evidentemente, sé que el oso ya se ha ido, pero sigo teniendo la sensación de que, si miro hacia arriba, me lo voy a encontrar cara a cara.

Así que me quedo donde estoy, acariciándole la cabeza e intentando recomponerme antes de levantarme.

Y, para romper un poco la tensión del momento, suelto lo primero que se me ocurre:

—Leí hace poco un artículo que decía que un seis por ciento de los americanos cree que podría vencer a un *grizzly* en una pelea cuerpo a cuerpo.

—¿Cómo? —pregunta en un susurro entrecortado, con una expresión de pura incredulidad.

—Ya ves. ¿A que cuesta creerlo?

Me mira como si dudara de que esté hablando en serio.

—¿Cuerpo a cuerpo?

Asiento antes de echar un vistazo por encima de su cabeza.

Ni rastro del oso.

Me incorporo hasta quedar de rodillas y miro hacia atrás.

Nada.

Me dejo caer sobre los talones y me paso las manos por el pelo muy corto mientras reviso todo el entorno.

Ningún oso.

Solo un cielo azul intenso y un sol cálido y dorado.

Suelto un suspiro tembloroso y, cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que estoy a horcajadas sobre Skylar Stone.

Me quedo mirando la curva elegante de su clavícula y el contorno de su pecho, marcado contra el escote de la camiseta. Cierro los ojos y sacudo la cabeza, pero no: sigue ahí. Debajo de mí.

Se seca las lágrimas con una mano, aunque no hace ademán de apartarse. Está tendida en la carretera, guapísima, aturdida y completamente agotada. Se muerde el labio inferior, como si estuviera pensando demasiado en algo. Y sigue agarrada a mi camiseta, con el brazo rígido y los nudillos blancos de tanto apretar la tela.

Al cabo de un rato, una risa nerviosa le sacude los hombros.

—Ese seis por ciento…, seguro que se queda corto.

Suelto otro suspiro y me uno a su risa.

—Sí, incluso descontando a los niños y a los ancianos.

Me da un golpecito en el muslo con el dedo índice.

—Y a las mujeres.

—¿Cómo?

Pone los ojos en blanco.

—Solo un tío creería que puede plantarle cara a un *grizzly* cuerpo a cuerpo.

—Y eso lo dice la mujer que hace un minuto intentaba hacerse una foto con uno.

—¡Era un vídeo!

Me pongo de pie con las piernas temblorosas, le tiendo la mano para ayudarla a levantarse y digo con una sonrisa:

—Ajá. Para tus redes sociales. Muchísimo más lógico, sí.

Mira mi mano, pero cualquier rastro de humor ha desaparecido. La tensión sigue ahí, y ahora, encima, está molesta.

—No me juzgues. Ni siquiera sabes lo que estaba haciendo.

—Muy bien, ilumíname, ¿qué estabas haciendo?

Alza la barbilla.

—Creando contenido con el que la gente pueda identificarse.

—Sí, claro, habría que comprobar a cuánta gente le ha perseguido un *grizzly* en su vida para sentirse identificada.

Se queda callada un segundo, sorprendida por mi comentario, y luego masculla:

—No me conoces lo suficiente para vacilarme.

Suelta un gruñido de frustración y me golpea la palma de la mano con la suya de forma brusca.

La levanto de un tirón. Pesa menos de lo que imaginaba y la he impulsado con demasiada fuerza, haciendo que se tambalee un poco.

Apoya la mano libre en mi pecho para recuperar el equilibrio, con los dedos demasiado cerca del agujero de mi camiseta. Se queda mirándolo un instante y se aparta de golpe, como si le hubiera dado un calambre.

Puede que no la conozca, pero sí sé que últimamente ha sido noticia por bloquearse y quedarse muda delante de las cámaras.

Hoy, en cambio, las palabras le salen sin esfuerzo.

—Todo iba genial hasta que apareciste tú, comportándote como una mezcla de Cocodrilo Dundee y… y… —me señala de arriba abajo, buscando el símil adecuado— Superman o algo así.

Me froto la barbilla.

—Es por culpa de la mandíbula marcada, ¿verdad?

—No. Es por ese odioso complejo de héroe.

Resoplo y me cruzo de brazos, mirándola con diversión. Siempre he creído que era la típica muñequita sureña: todo risitas, muchos «cielo santo», cero palabrotas y nada de pullas sarcásticas.

Me equivocaba. No es para nada así.

—Y —añade, volviendo a señalarme— esa actitud de sabelotodo.

Ahora sí sonrío de oreja a oreja.

—Los dos sabemos que te he salvado el culo. Solo dame las gracias y listo.

Niega con la cabeza mientras se agacha a recoger el móvil.

—Lo iba a hacer. Pero ahora que me lo estás exigiendo, va a parecer que te las estoy dando por obligación y sonaría un poco falso. Y estoy harta de que todo el mundo actúe como si les debiera algo. —Se sacude los vaqueros, irritada, intentando quitarse la tierra y el polvo sin mucho éxito—. Skylar, haz esto. Skylar, haz lo otro. Skylar, sonríe y saluda. Skylar, da las gracias…

Se detiene con un suspiro agotado y me mira.

—¿Sabes qué? Lo siento. Estoy teniendo un mes horrible. No te mereces esta mierda. Ya te he hecho pasar bastante hoy. Gracias por estar dispuesto a morir por mí. Es una experiencia nueva e inesperada de la que tendré que hablar con mi terapeuta más adelante.

Enarco una ceja ante su confesión. Sigue temblando, así que intento alargar la conversación para darle tiempo a que se recomponga.

—¿Un mes horrible?

Fuerza un atisbo de sonrisa que desaparece en cuanto golpea una piedra con la sandalia.

—En realidad…, un año horrible.

—He tenido años así —respondo, observándola con atención. No puedo evitar preguntarme qué ha hecho que una mujer que parece tan fuerte no sea capaz de sostenerme la mirada.

Cambia de tema con un entusiasmo claramente fingido.

—Bueno, estoy buscando Wild Rose Records. Es un estudio de grabación nuevo, pequeño y muy cuidado. Quizá conozcas al dueño. Ford Grant. Me he desviado por la ruta más bonita y he acabado perdiéndome. Estas carreteras no están señalizadas y no hay cobertura, y pensé que me vendría bien conducir sin rumbo, ya sabes, recordarme que sigo viva.

Me río por lo bajo mientras regreso a la camioneta. Cuando agarro la puerta abierta, la miro por encima del hombro. Está preciosa, confundida y totalmente desolada.

Y su arrebato no me ha molestado en absoluto. Al contrario, me gusta que haya recuperado el carácter después del susto.

—No hay nada como una experiencia cercana a la muerte para recordarnos que seguimos vivos, ¿eh? —Me subo a la camioneta—. Venga, sígueme y te llevo con Ford Grant.

Skylar se acerca hacia mí con cara de sorpresa.

—¿Lo conoces?

Enciendo el motor justo cuando llega a la ventanilla bajada.

—Podría decirse que sí.

Frunce el ceño y se coloca el pelo detrás de las orejas, nerviosa. Es la primera vez que parece derrotada.

—Lo siento. Es que estoy abrumada por… por todo. Joder, casi me muero del susto y no sé cómo darte las gracias. No recuerdo que nadie haya estado dispuesto a arriesgar su vida así por mí.

Lo dice con tanta naturalidad que me deja helado.

«Qué pena», pienso al instante. Es muy triste llegar a adulta sin haber conocido nunca ese tipo de lealtad. Ser tan adorada como Skylar Stone y, aun así, no sentirse querida por dentro.

Cuando me mira desde debajo de esas pestañas espesas, le guiño un ojo para tranquilizarla.

—Puedes darme las gracias dejando de disculparte. Luego te subes al coche y me sigues.

Asiente, mordiéndose ese labio inferior carnoso que volvería loco a cualquiera.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Weston Belmont. El Superman-Cocodrilo Dundee de Rose Hill a tu servicio —respondo con un saludo exagerado.

Pone los ojos en blanco, aunque curva ligeramente los labios en lo que, sin duda, parece una sonrisa. Golpeo con la mano en el lateral de la camioneta y empiezo a avanzar.

Me alegro de haberle salvado la vida, pero por mucho que me tiente la idea de quedarme hablando un rato más con ella, aún tengo cuatro caballos que entrenar hoy, una granja que nunca me da tregua y dos niños pequeños que necesitan a su padre. Sí, toca seguir con el día.

—¡Espera! ¿No quieres saber cómo me llamo? —grita mientras me alejo despacio para darle tiempo a subirse al Tesla y seguirme.

Sé perfectamente cómo se llama. Llevo años siendo fan de Skylar Stone en secreto. Pero no quiero incomodarla, así que no digo nada. Además, tendremos muchas más oportunidades para hablar.

Porque si su destino es Wild Rose Records…, estamos a punto de ser vecinos.